

Plaza pública

para la edición del 4 de agosto de 1995

Baja California

Miguel Ángel Granados Chapa

A las 20.45, hora de Baja California, del 4 de julio de 1989, Luis Donald Colosio apareció en las pantallas de televisión para "reconocer que las tendencias de los resultados en la votación para gobernador favorece al candidato del Partido Acción Nacional". Poco antes, en Mexicali, la candidata priísta Margarita Ortega había asumido con gran valentía que "la tendencia no me es favorable en el esfuerzo por lograr la mayoría de la voluntad ciudadana".

Por primera vez en la historia del sistema político mexicano fundado en 1928 por Calles, el PRI admitía de ese modo haber perdido una elección de gobernador, a manos de Ernesto Ruffo Appel. Para colmo, Colosio se equivocó. Antes de aceptar con eufemismos la derrota de la senadora Ortega, había asegurado que "de acuerdo con las actas con que se cuenta, el PRI tiene ventaja en la votación para las alcaldías de Mexicali, Tijuana y Tecate y en 12 de los 15 distritos en que se eligieron diputados locales". La situación terminó siendo peor que eso, pues los ayuntamientos se dividieron por mitad, dos para cada uno de esos partidos, y el PAN controló el Congreso local, pues los priístas sólo consiguieron seis curules, contra nueve de Acción Nacional.

Seis años después de esa trascendental hora, Baja California vivirá el próximo domingo un nuevo momento de decisión. Otra vez esos partidos, que de hecho han eliminado de la escena al resto de las agrupaciones partidarias (salvo al PRD, que es una tercera fuerza a enorme distancia de las primeras) libran una batalla global y cerrada por todos los cargos de elección popular. Los dos contendientes por la gubernatura han sido candidatos triunfadores, pues el panista Héctor Terán Terán obtuvo la senaduría en 1991 (y se convirtió en el primer miembro de su partido en cruzar el umbral de la casona de Xicoténcatl) y Francisco Pérez Tejada es un solitario alcalde priísta, en Mexicali, donde ganó en 1992 al mismo tiempo que su partido perdía los tres municipios restantes.

Las encuestas, que han abundado, coinciden en presentar una opinión favorable al senador Terán Terán, que fue secretario de gobierno con Ruffo Appel en el primer trienio. En sentido contrario sólo ha previsto la victoria priísta un estudio del Colegio de la Frontera Norte. Otro pronóstico, formulado por un político bajacaliforniano radicado en la ciudad de México, anticipa un cerrado triunfo de su partido, el PRI, por una diferencia mínima. Según este cálculo, Pérez Tejada llegará a 325 mil votos, mientras que su opositor panista reunirá 315 mil. La diferencia, de apenas diez mil votos, es menor que la muy discutible que permitió a Víctor Cervera Pacheco sentarse en la silla gubernamental de Yucatán (ligeramente superior a 22 mil) pero es normal

en un estado como Baja California donde en los últimos años el electorado está virtualmente partido por la mitad.

En efecto, en 1989, ambos partidos recogieron más del ochenta por ciento de los votos, divididos en 42.27 para Acción Nacional y 40.29 para el PRI, con una diferencia menor de diez mil votos. Tres años más tarde, con un electorado muy crecido (aumentó en más del cincuenta por ciento) las proporciones se mantuvieron muy próximas: 45.39 por ciento para el PAN y 44.76 por ciento para la nueva oposición priísta. En cuanto a las elecciones federales, en 1991 el PRI repuntó (como en todo el país) y se aproximó al PAN, que vio disminuida su participación en el total, aunque conservó la mayor parte: 44.3 contra 42 por ciento, respectivamente. El año pasado, sin embargo, las tendencias se revirtieron severamente, pues la identificación del candidato Ernesto Zedillo como bajacaliforniano (pues vivió su niñez y adolescencia en Mexicali) le produjo una alta votación: el 48.95 por ciento de los votos, mientras el PAN se quedó en 36.24 por ciento que, sin embargo, está más de diez puntos por encima de su promedio nacional.

Es difícil formular un balance objetivo de la tarea de Ruffo e indagar, sobre esa base, el efecto que tendrá sobre los votantes pasado mañana. Es cierto que, en algunos aspectos significativos, la vida pública empeoró en los seis años de su gobierno. Pero si se considera que la violencia, por ejemplo en Tijuana, está estrechamente vinculada con el narcotráfico, cuyo combate es de competencia federal, no se puede achacar su incremento

necesariamente a la ineptitud de los gobiernos locales. Lo mismo puede decirse de otros aspectos como la situación económica general (especialmente delicada en esa entidad fronteriza tras la devaluación de diciembre) y la realización de obra pública. En este aspecto, el alegato **de Ruffo contra una inequitativa** distribución del ingreso fiscal, a cargo de la Federación, no sólo explica las dificultades de **su hacienda estatal**, sino quedó **también como el argumento** fundador del auténtico **o** nuevo federalismo, bandera panista a que se adhirió el gobierno del Presidente Zedillo.

Cualquiera que sea el resultado de la elección en Baja California, esa esquina de la república merece mejor suerte. El asesinato de Colosio, y sus secuelas en esa tierra, así como la vinculación de bandas tijuaneñas con otros delitos célebres (como el homicidio del cardenal Posadas Ocampo) ejemplifican la naturaleza de los problemas a que debe enfrentarse el gobierno en su conjunto, incluidos los alcaldes, diputados y el gobernador que sean elegidos pasado mañana.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Baja California

Las elecciones del próximo domingo pondrán a los ciudadanos de la esquina noroeste de México en situación de decidir si entregan por segunda vez su mandato al Partido Acción Nacional, o lo devuelven al PRI.



ALAS 20:45, HORA DE BAJA CALIFORNIA, DEL 4 de julio de 1989, Luis Donald Colosio apareció en las pantallas de televisión para referirse a las elecciones de dos días atrás y "reconocer que las tendencias de los resultados en la votación para gobernador favorece al candidato del Partido Acción Nacional". Poco antes, en Mexicali, la candidata priísta Margarita Ortega había asumido con gran valentía que "la tendencia no me es favorable en el esfuerzo por lograr la mayoría de la voluntad ciudadana".

Por primera vez en la historia del sistema político mexicano fundado en 1928 por Calles, el PRI admitía de ese modo haber perdido una elección de gobernador, a manos de Ernesto Ruffo Appel. Para colmo, Colosio se equivocó. Antes de aceptar con eufemismos la derrota de la senadora Ortega, había asegurado que "de acuerdo con las actas con que se cuenta, el PRI tiene ventaja en la votación para las alcaldías de Mexicali, Tijuana y Tecate y en 12 de los 15 distritos en que se eligieron diputados locales". La situación terminó siendo peor que eso, pues los ayuntamientos se dividieron por mitad, dos para cada uno de esos partidos, y el PAN controló el Congreso local, pues los priístas sólo consiguieron seis curules, contra nueve de Acción Nacional.

Seis años después de esa trascendental hora, Baja California vivirá el próximo domingo un nuevo momento de decisión. Otra vez esos partidos, que de hecho han eliminado de la escena al resto de las agrupaciones partidarias (salvo al PRD, que es una tercera fuerza a enorme distancia de las primeras) libran una batalla global y cerrada por todos los cargos de elección popular. Los dos contendientes por la gubernatura han sido candidatos triunfadores, pues el panista Héctor Terán Terán obtuvo la senaduría en 1991 (y se convirtió en el primer miembro de su partido en cruzar el umbral de la casona de Xicoténcatl) y Francisco Pérez Tejada es un solitario alcalde priísta, en Mexicali, donde ganó en 1992 al mismo tiempo que su partido perdía los tres municipios restantes.

Las encuestas, que han abundado, coinciden en presentar una tendencia favorable al senador Terán Terán, que fue secretario de gobierno con Ruffo Appel en el primer trienio. En sentido contrario sólo ha previsto la victoria priísta un estudio del Colegio de la Frontera Norte. Otro pronóstico, formulado por un político bajacaliforniano radicado en la ciudad de México, anticipa un cerrado triunfo de su partido, el PRI, por una diferencia mínima. Según este cálculo, Pérez Tejada llegará a 325 mil votos, mientras que su opositor panista reunirá 315 mil. La diferencia, de apenas diez mil votos, es menor que la muy discutible que permitió a Víctor Cervera Pacheco sentarse en la silla gubernamental de Yucatán (ligeramente superior a 22 mil) pero es normal en un estado como Baja California donde en los últimos años el electorado está virtualmente partido por la mitad.

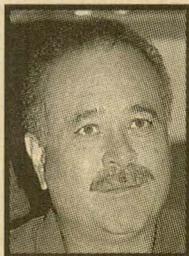
En efecto, en 1989, ambos partidos recogieron más del ochenta por ciento de los votos, divididos en 42.27 para Acción Nacional y 40.29 para el PRI, con una diferencia menor de diez mil votos. Tres años más tarde, con un electorado muy crecido (aumentó en más del cincuenta por ciento) las proporcio-

nes se mantuvieron muy próximas: 45.39 por ciento para el PAN y 44.76 por ciento para la nueva oposición priísta. En cuanto a las elecciones federales, en 1991 el PRI repuntó (como en todo el país) y se aproximó al PAN, que vio disminuida su participación en el total, aunque conservó la mayor parte: 44.3 contra 42 por ciento, respectivamente. El año pasado, sin embargo, las tendencias se revirtieron severamente, ya que la identificación del candidato Ernesto Zedillo como bajacaliforniano (pues vivió su niñez y adolescencia en Mexicali) le produjo una alta votación: el 48.95 por ciento de los votos, mientras el PAN se quedó en 36.24 por ciento que, sin embargo, está más de diez puntos por encima de su promedio nacional.

Es difícil formular un balance objetivo de la tarea de Ruffo e indagar, sobre esa base, el efecto que tendrá sobre los votantes pasado mañana. Es cierto que, en algunos aspectos significativos, la vida pública empeoró en los seis años de su gobierno. Pero si se considera que la violencia, por ejemplo en Tijuana, está estrechamente vinculada con el narcotráfico, cuyo combate es de competencia federal, no se puede achacar su incremento necesariamente a la ineptitud de los gobiernos locales. Lo mismo puede decirse de otros aspectos como la situación económica general (especialmente delicada en esa entidad fronteriza tras la devaluación de diciembre) y la realización de obra pública. A este respecto, el alegato de Ruffo contra una inequitativa distribución del ingreso fiscal, a cargo de la Federación, no sólo explica las dificultades de su hacienda estatal, sino quedó también como el argumento fundador del auténtico o nuevo federalismo, bandera panista a que se adhirió el gobierno del presidente Zedillo.

Quizá el juicio mejor sobre el sexenio de Ruffo lo realizó, en sentido contrario, la propaganda electoral priísta. A falta de argumentos sólidos, se atacó al gobernador por aspectos de su vida personal. De ese modo, la campaña electoral llegó a alcanzar niveles no sólo de degradación sino de vileza, que es deseable evitar allí y en cualquiera otra parte.

Cualquiera que sea el resultado de la elección en Baja California, esa esquina noroeste de la República merece mejor suerte. El asesinato de Colosio, y sus secuelas en esa tierra, así como la vinculación de bandas tijuanaenses con otros delitos célebres (como el homicidio del cardenal Posadas Ocampo) ejemplifican (aunque no sintetizan) la naturaleza de los problemas a que debe enfrentarse el gobierno en su conjunto, incluidos los alcaldes, diputados y el gobernador que sean elegidos pasado mañana.



Es difícil hacer un balance de lo hecho por el primer gobernador panista de la historia, Ernesto

Ruffo Appel, porque, por ejemplo, si se recrudeció la violencia en Tijuana, se debe a la insuficiencia del combate al narcotráfico, que es del resorte federal.